

## Recuerdos y vivencias

### *Texto escrito por un antiguo alumno, tres años después de haber finalizado la "Prepa"*

En el colegio de los Padres Misioneros di los últimos pasos de escuela primaria. Pero terminaron de una manera poco agradable para mí, ahora que lo pienso, por no estar de acuerdo con mi lema. Fue por una pequeña disputa entre el profesor que había tenido en mi último año en este centro y mi padre, no tenía mucha importancia, pero determinó que cambiara de ambiente. Llegó a casa mi padre y dijo: "No vais más a los frailes". No preguntamos el porqué, no lo íbamos a comprender, pero nos entró "morriña" y "lloradera" por tal decisión. Ya me había hecho al ambiente cuando había que cambiar; pero como no se sabe si es mejor o peor, seguimos adelante.

Ese verano mi hermano mayor y yo fuimos a clase particular con D. Jesús, que era el profesor de la Escuela Preparatoria, enclavada en el Instituto; mas que preparación para ingreso en esta escuela fue un repaso general de lo ya aprendido anteriormente, y una pequeña ampliación en torno a todo.

El primer dictado que hice ese verano fue sobre vocabulario de la "h", en pocas palabras, unas 30, alcancé el récord de 21 faltas, porque no creo que posteriormente haya llegado a tal cantidad, pues contrariamente a esto, puedo decir que era de los alumnos que menos faltas tenían a lo largo del curso. Así pasó este verano, una especie de indiferencia, y al mismo tiempo de entretenimiento, pues he descubierto que ir a una clase en el verano durante una hora o dos diariamente, lo considero personalmente como una distracción y un método de asimilación superior que durante el curso normal. Aquí quiero hacer una objeción, que es no tener preocupaciones posteriores como por ejemplo tener que examinarse al final del periodo. Así, varios muchachos nos preparamos para penetrar en la enseñanza, pasajera entre lo primario y secundario, entre niñez y un poco menos niñez.

Llegó septiembre, examen de ingreso, fue tranquilo, por dos razones, ser pequeño (de edad 7 años) y por no saber el alcance que pudieran tener dichos exámenes; la tranquilidad me salva. Una pregunta y creo que única que recuerdo fue decir, "qué es palabra trisílaba", yo no puse la definición, ya que no entendí se refiriera a esto, sino que puse un ejemplo, este fue "tintero", aunque al salir me preocupó al enterarme del alcance de la pregunta. Seguí tranquilo, y en mi pensamiento estaba repetidas veces la idea de no ser posible el suspenso.

Esta tranquilidad fue en aumento cuando nos encontramos un trozo de hierro, que vendido al famoso chatarrero arandino "Fu-man-chú", nos pagó un real, que lo gastamos en bolas de anís a repartir entre tres. Esto ocurría en 1953 en un día de los últimos de verano, luciendo y calentando el sol de mediodía.

Nos debió "engañar" pero nuestra mente infantil no lo apreció y lo dimos como bien vendido, y nos alegramos de aligerarnos del pequeño peso.

El verano pasó, y empecé una nueva vida, un nuevo ambiente y una nueva orientación. Creo acordarme no acusar mucho el paso, este cambio, y a los pocos días parece que vivía en la escuela de años anteriores, de tal modo que se me olvidó. Además el ambiente general del Instituto, con chicos bastante mayores, algunos a punto de incorporarse a filas, me atraía.

Aquellos "tipos", en un principio, imponían respeto, pero pasó y muy rápido todo esto.

Los primeros meses no fueron de mucho acierto en el plan de estudios quizá los más extraños. Había dos grupos predominantemente; unos los "viejos" que ya cumplían su segundo año de estudios en dicha escuela, y nosotros los nuevos incorporados. En cuanto a convivencia no existían diferencias, jugábamos todos con todos, y nos divertíamos en todos los juegos. Siempre había alguna pelea, pero no fue óbice para que al día siguiente esto fuera olvidado.

Mi hermano mayor y yo, que habíamos ingresado juntos, estábamos en la misma mesa. Creo que de las primeras veces que el maestro me "zumbó" fue precisamente por culpa de él, y, aun cuando entonces le hubiera deseado cualquier calamidad, hoy me doy cuenta de que llevaba razón; fue por una cosa baladí y tonta. Un problema habíamos de resolver: el lo acabó antes que yo y quise copiarlo; se "chivó", y me llamó la atención. Mi deseo de venganza quedó patente; cuando descuidado se hallaba le di una patada. Se volvió a "chivar", y recibí una serie de palos que hizo que aumentara mi venganza, aunque antes de salir se había desvanecido completamente.

En invierno y con el ímpetu de entrar en calor, jugábamos a todo juego en el que las piernas desempeñaban la principal función. Entre todos, sobresalía el típico de guerrear; en este primer año fue cuando más encarnizadas las sostuvimos. Precisamente, un día un compañero llevó a clase "pelos de gato" (en nuestro lenguaje), son una especie de pelos blancos usados en las paredes para aislar las viviendas del calor, frío y humedad. Como al día siguiente viéramos un camión cargado del mismo producto varios amigos cogimos bastante. Esto era instrumento de martirio, solo podíamos disponer de ello los de nuestro bando, pues para los otros era desconocido por sus efectos. El día de su empleo fue un día de lloros. Los "pelos de gato" se metían en el cuerpo, en la parte de la espalda. El picor que daba a la víctima era inaguantable, por lo que un día (los siguientes) el plan del contrario era coger prisioneros de nuestro bando para un abastecimiento de dicho "martirizador".

Alguna anécdota más pasó durante este año; fui mantenido varias veces por los alumnos mayores del Instituto, pues yo era el más pequeño en estatura, y posiblemente en edad que pisara aquel edificio por entonces. Al mismo tiempo que jugaban conmigo era apreciado, cosa que me alegraba.

En clase, ayudábamos a ordenar los sellos que diariamente los alumnos llevaban. Por entonces yo no hacía colección de sellos por lo que aportaba alguno.

Un buen día de los últimos de curso se preparó una pelea amistosa; teníamos que luchar un mayor al que llamábamos "Quiqui", contra un compañero mío de los pequeños y yo; fue concertado para el recreo del día siguiente. La apuesta era una docena de pasteles entre el maestro y el mayor de los peleantes. Vencimos. Fue muy rápido, los demás compañeros formaron corro alrededor. El maestro dio la voz de ya, y al tiempo que yo me abalanzaba a los pies del otro, mi compañero se echó a su cuello, cayó desplomado, y una vez en el suelo lo amarramos fuertemente con los brazos hasta que los demás dieron la voz de triunfo a

nuestro favor. Ahora bien, después del triunfo ni hubo pasteles ni casi la felicitación del profesor; sencillamente, su comportamiento en ese momento fue de un poco "rácano".

En los rincones del patio también jugábamos a las cartas, el director un día nos vio y nos dejó sin barajas, además nos metió mucho miedo, tal que no volvimos a jugar

El primer curso de Preparatoria tocaba a su fin sin muchas cosas más que mencionar.

Había pasado un poco deprisa, casi sin darme cuenta y sin establecer una verdadera diferencia en lo anteriormente pasado.

Al año siguiente ascendí en puestos respecto del orden, en cuanto a saber; estaba por el medio de la clase, o sea ocuparía el 20 puesto, alguno más en algunas ocasiones y menos en otras. La verdad era, que el primer día después de darnos las notas se armaba una gran revolución de mesas y sillas, porque cada uno seguíamos ocupando la misma, ya que cuidábamos cada uno de la que nos era asignada, las raspábamos, lijábamos, e incluso, algunos la fregaban con lejía y daban cera; el que por un descuido la manchaba con alguna gota de tinta era sancionado a pagar una multa impuesta por los encargados de ella. Con lo recogido en todo el curso, se compraban al final, caramelos que eran repartidos entre todos. Algunos llegaron a deber bastante dinero, hasta 60 ó 70 pts, la razón de esto era el de doblar el dinero que cada uno debía, cada semana, en caso de que no entregara nada durante ella. Un reparto de caramelos al año siguiente al final, que fue poco equitativo, me dio gran disgusto, a la vez que se forjaba un débil concepto del profesor. El que más sellos llevaba era el que más caramelos recibía, al ser aquel el encargado de su reparto, cuando la realidad y la justicia hubiera sido darnos igual a todos, al ser pagados por los demás alumnos. Así suelen empezar algunas veces, la mala formación de los chicos, y los brotes de rencillas entre varios, que más tarde no sirven sino para incrementar un odio o pasión, o borrar una amistad.

El año en curso iba pasando. En uno de los ejercicios mensuales que hacíamos, en que las respuestas habían de ser breves, contesté a tres de ellas, en el ejercicio de Gramática, de una manera harto original: ¿Qué es novela?, ¿Qué es fábula? y ¿Qué es historia?, rezaban las preguntas. Yo, un poco ofuscado, contesté: "Novela es novela, fábula es fábula e historia es historia". Esto me valió las risas de todos los compañeros cuando un día al salir de clase fue dado a conocer por D. Jesús a mis camaradas. Agaché las orejas y aguanté.

Así pasaba otro segundo curso, en el que por lo general pasaban sin grandes repercusiones a no ser por algunos palos bien en clase o bien en casa; porque, como todos, también hemos hecho nuestras pequeñas picias, o un poco mayores.

Los dedos una vez, recibieron el duro castigo. Era costumbre en la escuela ir todos los lunes todos los alumnos a la Parroquia de San Juan Bautista a rezar una estación. Yo no sé de donde partiría esta costumbre, pero íbamos cada día acostumbrado. Más tarde en vez de ir todos en pelotón fuimos divididos en varios grupos, a los que correspondía, cada día de la semana a uno de ellos, solíamos ir a la salida de clase. Uno de estos días a nuestro grupo le tocó el turno. No sé por qué circunstancia, en lugar de ir a San Juan, fuimos a la Parroquia de Santa María, que estaba un poco más cerca. La hicimos en Santa María, quedamos tranquilos y sin preocupaciones. Llegó la tarde, salió el tema a relucir y no sé cómo, se enteró el profesor de nuestro cambio. El uno acusó que fue por uno, otro que había sido al contrario, en resumen se nos aplicó el refrán "ladrones y encubridores, todos pagan por igual" y todos recibimos el castigo, consistente en una serie de palos en las yemas de los dedos

originándonos pequeñas ampollas, que dolor y guerra nos dieron a los contraventores.

No volvimos a realizarlo, y si algún grupo se le había ocurrido ir antes a dicha Iglesia, desde entonces fue siempre a la acostumbrada.

Los días de trabajo eran intercalados por los domingos y días de fiesta, teníamos un equipo de fútbol, que aprovechando este descanso, organizábamos partidos amistosos con otros grupos escolares o academias de la localidad. Pero nunca estos partidos llegaban a su fin de una manera amistosa, siempre había algún enredador, que queriendo jugar sin pertenecer a ninguno de los equipos, nos fastidiaba la tarde, porque además era mayor. Los jueves por la tarde, que teníamos descanso, era un infierno y "Cantaburras" era donde se celebraban todos los partidos, y donde existían un par de pequeños campos que bien servían para jugar o eran espectadores de todos los líos que surgían entre los muchachos. Este era el transcurso general de los días de curso, simples alternancias de juego y trabajo. Casi siempre solían ocurrir cosas paralelas a años anteriores, aunque siempre algún detalle diferente.

El último año en esta escuela fue de un poco más de consolidación. Ocupé casi todo el curso el primer lugar de la clase. Este año debería hacer ingreso. De los tres años que había estado en dicha escuela este era el más decisivo, aunque el examen de ingreso a los alumnos que estudian aquí, suele resultar fácil y, además, tienen más confianza, pues pasan casi los elegidos por el maestro, siendo ya de tradición.

Yo no tenía ningún complejo sobre lo difícil que podía resultar el examen. La confianza me hizo no tener miedo, como en el anterior examen para ingreso en la "Preparatoria". Yo iba seguro de aprobar, la sensación que me produjo fue por bajo de lo normal, casi puedo asegurar que no hubo tal sensación de miedo y si de alegría.

En esta escuela estuve yo tres años, aunque lo normal eran dos, como el ingreso debía ser a los 8 años, y cuando yo me examiné tenía 7, hube de estar 3 años, conociendo a 3 generaciones de nuevos y viejos compañeros.

Como he dicho, este año fue como el bautismo para lo que debía de venir, aunque no conocíamos el nuevo modo de actuar lo llevábamos en teoría, bien por lo contado, o bien por lo que nuestra imaginación esperaba. Sólo nos faltaba para esto un poco de práctica en lo otro. Así el paso no fue tan acusado, como si hubiéramos entrado directamente de otra escuela. Al encontrarse la Preparatoria dentro del recinto del Instituto, el ambiente ya estaba dentro de uno; también jugábamos chicos de primero, con los de preparatoria, había comprensión, más que nada, por el hecho de haber sido compañeros el año anterior, como nos pasaba a nosotros después. Parece que a uno le vuelve a llamar el gusanillo de los cursos anteriores.

Pero ya estábamos metidos en el "enredo" y habría que luchar mucho, pasar muchas circunstancias para salir de él, para lo cual había que ir despacio, muy despacio.

El verano que siguió al de mi ingreso oficial en el bachillerato, a pesar de que éste no influyera en mi espíritu, pasó con bastante preocupación. Cuando las cosas se ven de lejos parece que no afectan, pero cuando se tienen al alcance de la mano, ocasiona un hormigueo general, que hace pensar que aquello no puede ni debe llegar; pero llega, y hay que recibirlo.

---